



HispanismeS

Revue de la Société des Hispanistes Français

17 | 2021

Murs, barrières, obstacles dans les mondes hispaniques I

Las representaciones literarias de la frontera entre «civilización» y «barbarie» en la Argentina de un siglo a otro, desde *La Cautiva* de E. Echeverría (1837) hasta *Las aventuras de la China Iron*, de G. Cabezón Cámara (2017)

Les représentations littéraires de la frontière entre «civilisation» et «barbarie» en Argentine d'un siècle à l'autre, depuis La Cautiva de E. Echeverría (1837) jusqu'à Las aventuras de la China Iron, de G. Cabezón Cámara (2017)

Literary representations of the border between «civilisation» and «barbarity» from a century to the other, since La Cautiva de E. Echeverría (1837) to Las aventuras de la China Iron, de G. Cabezón Cámara (2017)

Brigitte Natanson



Edición electrónica

URL: <https://journals.openedition.org/hispanismes/14922>

DOI: 10.4000/hispanismes.14922

ISSN: 2270-0765

Editor

Société des Hispanistes Français

Referencia electrónica

Brigitte Natanson, «Las representaciones literarias de la frontera entre «civilización» y «barbarie» en la Argentina de un siglo a otro, desde *La Cautiva* de E. Echeverría (1837) hasta *Las aventuras de la China Iron*, de G. Cabezón Cámara (2017)», *HispanismeS* [En línea], 17 | 2021, Publicado el 01 junio 2021, consultado el 27 enero 2022. URL: <http://journals.openedition.org/hispanismes/14922> ; DOI: <https://doi.org/10.4000/hispanismes.14922>

Este documento fue generado automáticamente el 27 enero 2022.



Les contenus de cette revue sont mis à disposition selon les termes de la Licence Creative Commons Attribution - Pas d'Utilisation Commerciale - Pas de Modification 4.0 International.

Las representaciones literarias de la frontera entre «civilización» y «barbarie» en la Argentina de un siglo a otro, desde *La Cautiva* de E. Echeverría (1837) hasta *Las aventuras de la China Iron*, de G. Cabezón Cámara (2017)

Les représentations littéraires de la frontière entre «civilisation» et «barbarie» en Argentine d'un siècle à l'autre, depuis La Cautiva de E. Echeverría (1837) jusqu'à Las aventuras de la China Iron, de G. Cabezón Cámara (2017)
Literary representations of the border between «civilisation» and «barbarity» from a century to the other, since La Cautiva de E. Echeverría (1837) to Las aventuras de la China Iron, de G. Cabezón Cámara (2017)

Brigitte Natanson

«Sin frontera no hay Martín Fierro.
La cuestión de las cautivas se reduce,
según los cronistas carapálidas,
al rol de mártires o heroínas de la pureza¹.»

- 1 A pesar de Sarmiento y su influencia indudable sobre los intelectuales y los fundadores de la nación, desde el siglo XIX y hasta el XX, la dicotomía entre «civilización y barbarie», entre campo y ciudad, marcada por una frontera tan virtual como física, ha sido cuestionada tanto por la ficción como por la ensayística.
- 2 Dentro de la literatura llamada «fundacional» del siglo de las emancipaciones, dos temas íntimamente ligados ocupan un lugar privilegiado: la frontera -entre el estado en

construcción y los indios como estorbos para ese objetivo- y las cautivas, producto de esa guerra que encontró su final en las últimas «campanas al desierto» de finales del siglo XIX.

- 3 Releer algunos clásicos de la literatura de frontera argentina a la luz de novelas y cuentos de finales del siglo XX y principios del XXI permite ver cómo los novelistas de este último período conocen y juegan con esa herencia. Los actores históricos llevan sus nombres propios y a veces se incluye a los autores canónicos como personajes de su narrativa. De la misma manera, los topónimos siguen correspondiendo a las realidades históricas.

Los mitos y silencios de la frontera, de la pampa, de los «salvajes» y de la cautiva

- 4 Muchos estudiosos del fenómeno de la frontera coinciden en las ambigüedades de esa realidad para considerarla como un lugar de encuentro, de intercambios no solamente económicos sino de todo tipo, incluso lingüístico. Interesa para el mito de la frontera recordar con Fernando Operé que

[l]as fronteras no son, simplemente, líneas de separación entre la civilización y la barbarie, tampoco áreas periféricas de imperios o naciones. Las fronteras son cuerpos vivos que, como tal, tienen una estructura mutable a medida que reciben el flujo de desplazamiento de los sujetos y elementos que la componen.

[...] Entiendo la frontera como una zona de interacción, incluso en aquellos territorios donde conflictos bélicos constantes parecían dominar las relaciones fronterizas [...] no dejaron de producirse contactos de intercambio cultural, a través de los cuales se filtraban comportamientos sociales, en un proceso sostenido de transculturación².

- 5 Existen desde el siglo XVIII testimonios escritos, tanto de los propios caciques como de los gobernadores y comandantes de fortines de los esfuerzos para mantener una convivencia pacificada. Muestran cómo las transacciones podían invertir el tradicional procurar materias primas a cambio de objetos manufacturados: los hispano-criollos entregaban alcohol y armas pero recibían mantas, ponchos, cestas labradas, macetas y «otras bagatelas»³. También circulaba el dinero, desde los tiempos del virreinato, –con una parte del presupuesto dedicada al rescate de los cautivos– hasta la época de Rosas, famoso por su ambigua relación con los indios «amigos y hermanos»⁴.
- 6 En la literatura abundan las situaciones de transformaciones interculturales, desde Mansilla y su *Una excursión a los indios ranqueles*⁵ hasta las novelas más recientes, siendo las mujeres a la vez actrices de esos cambios y objetos de transacciones. Al contar al coronel Mansilla los motivos por los cuales se pasó «del otro lado de la frontera» un joven gaucho, Miguel, afirma «–Aquí la mujer soltera hace lo que quiere. Ya verá lo que dice Mariano de las chinas y cautivas, de sus mismas hijas. ¿Y por qué cree entonces que a los cristianos les gusta tanto esta tierra? Por algo había de ser, pues»⁶. Y el autor narrador, quien obedeció a cierto rito de iniciación en la literatura de finales del siglo XIX y principios del XX, el viaje a la frontera de los ricos herederos ciudadanos letrados, comentaba: «Me quedé pensando en las seducciones de la barbarie»⁷. Su obra fue considerada como uno de los primeros relatos de tipo etnológico para ese período –ya son conocidas las crónicas de la época de la conquista, desde Cabeza de Vaca hasta Fray Motolinía y otros misioneros, quienes, aunque sea para conquistarlos, terminaron por describir los usos y costumbres de los indígenas– y como relato precursor del *Martín*

Fierro de José Hernández (1872). Sin embargo habría que mencionar la novela de su hermana, Eduarda Mansilla, *Pablo ou la Vie dans les pampas*, publicada primero en francés en 1868, traducida luego por Lucio Mansilla y para la revista *La Argentina*⁸. Lejos de repetir el maniqueísmo de la división política entre unitarios y federales, la autora se dedica a introducir matices y describe las desgracias de una familia simple. La madre, Micaela, ha perdido marido e hijo en las contiendas, y pelea por recuperar a su último hijo, Pablo, reclutado a la fuerza para combatir contra el indio. Tentado a desertar, como muchos en su situación, terminó pasando del otro lado de la frontera. Las descripciones de la vida en la Pampa y de los gauchos anticipan de alguna manera toda la literatura gauchesca.

- 7 A más de un siglo de los acontecimientos y de la existencia real de los actores, las representaciones de la «cautiva» se invierten. El relato «El placer de la cautiva», de Leopoldo Brizuela, anuncia desde el título esa inversión de valores. La heroína es una niña de trece años, el viaje previsto se hace desde un pueblo de frontera hacia el Fortín Quebrado. La acompaña el Cabo Vega, un antiguo militar (otro diálogo intertextual con el siglo XIX). El encuentro con los indios y circunstancias climáticas provocan una persecución que parece a veces invertida, y la joven se hace mujer en brazos de un indio joven.
- 8 En *El país del diablo*, de Perla Suez, la protagonista, la machi Lum, es el resultado del cruce de fronteras étnicas: hija de una mapuche y de un soldado argentino, vio cómo su padre asesinaba a su propia madre delante de sus ojos. La novela arranca con la ceremonia de consagración de la niña como machi; ella sobrevivió por estar apartada de su toldería la noche en que los soldados la incendiaron y mataron a todos sus habitantes. Ese grupo de españoles, deseosos de volver a la civilización, son perseguidos sin saberlo por Lum, maldicen su suerte por la imposibilidad de escapar de ese «país del diablo»: «Nunca vamos a llegar a la frontera, no se puede salir vivo de este desierto, creí que todos lo sabían teniente. Rufino tiene suerte de estar muerto, es lo más afortunado que pudo pasarle, dice Deus»⁹.
- 9 Son múltiples las fronteras que cruza la protagonista de *El año del desierto*, de Pedro Mairal: la intemperie ha invadido la ciudad (de Buenos Aires) y recorre varias zonas de la provincia, hasta encontrarse al final abandonada entre los indios ú, con los que aprende a convivir, y termina como «bruja de fuego» espantando a los indios enemigos, los guatos.

El desierto como objeto de deseo y espacio a conquistar

- 10 Los escritores del siglo XIX combinaban su papel de constructores de la nación con el quehacer literario: la novela, tal como lo planteaba Bartolomé Mitre (presidente de la República argentina entre 1862 y 1868), en el prólogo a su novela *Soledad* (1847) debía ser «[...] un romance hispanoamericano prototípico, aparentemente alejado de la realidad por su tendencia idealizadora, pero estrechamente relacionado con la historia y la construcción de la nacionalidad». Obedeciendo al mandato al mismo tiempo que al romanticismo en boga, una de las características de las novelas de esa época será el fracaso anunciado de las uniones matrimoniales fuera de un mismo ámbito social, y el

horror ante el posible mestizaje entre blancas e indios, es decir fronteras infranqueables.

- 11 Varios relatos «de la frontera» se impondrán a lo largo de los siguientes decenios como otras tantas manifestaciones de esa necesidad de crear las categorías útiles para la identificación de una población bastante heterogénea bajo el dominio de una pequeña elite y, para ello, describir el espacio. El poema considerado como fundador de la literatura «nacional» argentina, *La cautiva*, de Esteban Echeverría describe y crea el espacio tanto como las hazañas de una pareja víctima de la «barbarie», un espacio transgresor por encontrarse más allá de la frontera con la civilización. Desde el íncipit la palabra «desierto» da su título a la primera parte, y proclama su carácter contradictorio (vacío pero poblado, vacío pero con flora y fauna) su humanización y esa comparación con el mar tantas veces repetida después:

El desierto inconmensurable, abierto
y misterioso a sus pies
se extiende, triste el semblante,
solitario y taciturno
como el mar, cuando un instante,
al crepúsculo nocturno,
pone rienda a su altivez.
A veces la tribu errante,
sobre el potro rozagante
cuyas crines altaneras
flotan al viento ligeras,
lo cruza cual torbellino,
y pasa, o su toldería¹⁰.

- 12 Desde la palabra «desierto», declarar «vacío» el territorio deseado para el desarrollo de la industria agropecuaria era negar la posibilidad de comprender la visión del mundo de sus habitantes¹¹. La gran mayoría de las novelas recientes indagan en el pasado y parecen querer llenar ese vacío ontológico al (re)crear las cosmologías, salir de la dicotomía «blanco civilizado» vs «indio salvaje» y darles vida propia a los dominados.
- 13 Eso no impide otra forma de personalización del desierto, tal como aparece en la última frase de la novela de Perla Suez, *El país del diablo* (el título representa otra manera de llamar al desierto, desde el punto de vista de los «civilizadores»): «Unos puntos luminosos se mueven en la lejanía, no son luciérnagas, son los ojos del desierto que observa y todo es borroso para quienes lo miran»¹².
- 14 En los textos oficiales, las descripciones sirven los propósitos de sus autores. La puntualización histórica escrita como introducción a *La Conquista de quince mil leguas*, de Estanislao Zeballos, dedicado al general Julio Roca, recuerda la tradición colonizadora española:

Avanzar por medio de líneas artificiales y permanentes para ir conquistando zonas sucesivas: tal es el sistema español de frontera, reducido á su espresion mas sencilla. Los españoles marchaban previsora y firmemente, llevaban sus armas y la colonizacion al desierto, clavando la cruz y levantando la escuela al lado del fortin, como bases de la fundacion de pueblos¹³.

- 15 En *Una excursión a los indios ranqueles*, el objetivo de la conquista por el militar aparece claramente, mientras los detalles incluso de los puntos de agua alejan la imagen de un «desierto» seco:

Tengo en borrador el croquis topográfico, levantado por mí, de ese territorio inmenso, desierto, que convida a la labor, y no tardaré en publicarlo, ofreciéndoselo

con una memoria a la industria rural.

Más de seis mil leguas he galopado en año y medio para conocerlo y estudiarlo.

No hay un arroyo, no hay un manantial, no hay una laguna, no hay un monte, no hay un médano donde no haya estado personalmente para determinar yo mismo su posición aproximada y hacerme baquiano, comprendiendo que el primer deber de un soldado es conocer palmo a palmo el terreno donde algún día ha de tener necesidad de operar¹⁴.

- 16 Y en la misma página se define el concepto de frontera con ese mismo objetivo:

Siguiendo el juicioso plan de los españoles, yo establecí esta frontera colocando los fuertes principales en la banda sur del Río Quinto.

En una frontera internacional esto habría sido un error militar, pues los obstáculos deben siempre dejarse a vanguardia para que el enemigo sea quien los supere primero.

Pero en la guerra con los indios el problema cambia de aspecto, lo que hay que aumentarle a este enemigo no son los obstáculos para entrar, sino los obstáculos para salir. El punto fuerte principal de la nueva línea de frontera sobre el Río Quinto se llama Sarmiento. De allí arranca el camino que por Laguna del Cuero, famosa para los cristianos, conduce a Leubucó, centro de las tolderías ranquelinas.

- 17 Más adelante se repite el objetivo, ya con sus claros designios, junto con el juicio estético:

[...] la visión de la Patria se presenta, pensé un instante en el porvenir de la República Argentina el día en que la civilización, que vendrá con la libertad, con la paz, con la riqueza, invada aquellas comarcas desiertas, destituidas de belleza, sin interés artístico, pero adecuadas a la cría de ganados y a la agricultura¹⁵.

- 18 En la novela de la hermana, *Pablo ou la vie dans les pampas*, no faltan las descripciones en las que aparece tanto la vida humana como la flora y la fauna, matizando esa visión:

La Pampa paraît sommeiller. Tout se tait à pareille heure dans l'immense désert. Pas un oiseau ne sillonne de son aile rapide à l'heure terrible du midi cette pampa déserte et silencieuse, véritable océan de lumière [...] à défaut de grands arbres, les oiseaux du ciel s'abritent par terre dans le *pajonal*, cette forêt en miniature des pampas¹⁶.

- 19 En uno de los últimos capítulos de la novela de Cabezón Cámara, *Las aventuras...*, cuando los tres personajes llegan con su carreta a su objetivo, la vida ocupa el espacio deseado:

El desierto –siempre había creído yo que era el país de los indios, de esos que entonces nos miraban sin ser vistos– era parecido a un paraíso [...]: las lagunas que yacían en las partes bajas y las que subían estaban qué curioso, más arriba que algunas tierras secas, los árboles se multiplicaban [...] los pájaros cantaban a gritos [...] volaban los pájaros y era una danza y era también su modo de buscar comida¹⁷.

- 20 Una mirada a las fechas de publicación de las obras literarias e iconográficas del siglo XIX –y las correspondencias intertextuales de los siglos posteriores –y algunos acontecimientos permite relacionar los relatos con la necesidad de conquistar el «desierto» y las consecutivas «campañas al desierto»:

Correspondencias e intertextualidad

<p>Pre-textos: crónicas, literatura de viaje, poesía</p> <p>Siglos XVI - XIX</p> <p>Acontecimientos</p>	<p>Representaciones contemporáneas: relatos, dibujos, (siglos XIX, XX y XXI)</p>
<p>-1516: Expedición de Juan de Solís, un solo superviviente, Francisco del Puerto.</p> <p>Cabeza de Vaca, Bernal Díaz etc.</p>	<p>-<i>Cuentos de Sancti Spiritus, hoy Puerto Gaboto</i>, A. Soler, 1985</p> <p>-<i>El entenado</i>, J. J. Saer, 2006.</p>
<p>-<i>Viajes por Buenos Aires, Entre Ríos y la Banda Oriental (1826-1827)</i>, J.A. B. Beaumont</p> <p>(Una cautiva logró escapar)</p> <p>-1833-1834 Campañas de Juan Manuel de Rosas contra los indios</p>	<p>-<i>La cautiva</i>, E. Echeverría, 1837.</p> <p>-«Historia del guerrero y la cautiva», <i>El Aleph</i>, 1949; «El cautivo», <i>El Hacedor</i>, J. L. Borges, 1960.</p> <p>-<i>Facundo</i>, J. D. Sarmiento, 1945.</p>
<p>-Libro I de Ruy Díaz de Guzmán (Asunción, 1559-1629) <i>Historia Argentina y del descubrimiento del Río de la Plata (1612)</i></p> <p>-1880 Expedición de Julio A. Roca «Conquista del desierto»</p> <p>=última campaña contra los indios.</p>	<p>-<i>Lucía Miranda</i>, R. Guerra, 1860.</p> <p>-<i>Lucía Miranda</i>, E. Mansilla, 1860.</p> <p>-<i>Lucía Miranda</i>, H. Wast, 1929.</p> <p>-<i>Pablo ou la vie dans les pampas</i>, E. García de Mansilla, 1868.</p> <p>-<i>Una excursión a los indios ranqueles</i>, L. V. Mansilla, 1870.</p> <p>-<i>Conquista de quince mil leguas</i>, E. Zeballos, 1878.</p>
<p><i>La cautiva</i>, E. Echeverría, 1837.</p>	<p>-<i>Los cautivos</i>, M. Kohan, 2010 (intertextualidad manifiesta)</p> <p>*Pinturas y dibujos, siglo XIX: J. M. Rugendas (25 láminas ilustran una edición del poema de Echeverría); J. M. Blanes; A. Isola, B. F. Rawson; E. V. Luminais, A. Della Valle; A. Passolini (2010).</p>

El tiempo de las inversiones

<p>-<i>La cautiva</i>, E. Echeverría, 1837.</p> <p>-<i>Una excursión a los indios ranqueles</i>, L. V. Mansilla, 1870.</p> <p>-<i>Conquista de quince mil leguas</i>, E. Zeballos, 1878.</p>	<p>-<i>Ema la cautiva</i>, C. Aira, 1981.</p> <p>-<i>El placer de la cautiva</i>, L. Brizuela, 2003.</p> <p>-<i>La lengua del malón</i>, G. Saccomanno, 2003.</p> <p>(Cuadro de Blanes, «La cautiva», como epígrafe)</p> <p>-<i>El año del desierto</i>, P. Mairal, 2005.</p> <p>-<i>Indias blancas</i>, F. Bonnelly, 2005.</p> <p>-<i>El país del diablo</i>, P. Suez, 2015.</p>
<p><i>El Gaucho Martín Fierro y La vuelta de Martín Fierro</i>, José Hernández, 1872 y 1878¹⁸.</p>	<p>-<i>Las aventuras de la China Iron</i>, Gabriela Cabezón Cámara, 2017 (intertextualidad manifiesta).</p>
<p>J. M. Blanes, <i>La vuelta del malón</i>, 1892</p>	<p><i>Malona</i>, Alberto Passolini, 2010¹⁹.</p>

- 21 Encontramos una síntesis de la relación entre los documentos históricos y la creación literaria ficcional en el metadiscursio del narrador de *La lengua del malón* (novela dentro de la novela), hasta la reivindicación del «abandono de la fidelidad»:

D se va enterando de las penurias de esta vida en el desierto. Un pastizal quemado. Un robo de reses. Una patrulla emboscada. Cenizas en el viento.

Las descripciones de la vida en el fortín, se advierte, provienen de una bibliografía sobre la conquista del desierto que Delia consulta y emplea según la trama se lo pide. Delia se documenta en crónicas, testimonios, diarios de campaña, volúmenes diversos del Círculo de Oficiales. Al rato de entrar en su narración nos damos cuenta de que su interés narrativo se ha apoyado en lo documental simplemente como pivote para la imaginación.

Pasadas las primeras páginas, abandona la fidelidad hacia el documento.

Como a su heroína, al internarse en el desierto, la gana el atractivo de lo desconocido. Y al dejar atrás el documento, Delia experimenta el vértigo de la fantasía y su poder²⁰.

- 22 Entre los principales rasgos del «abandono de la fidelidad» se encuentra la situación, la descripción, y el papel de la mujer, en particular durante el cautiverio. Desde *La Cautiva* de Echeverría (1837) hasta las versiones de *Lucía Miranda* de Eduarda Mansilla y Rosa Guerra (1860), se ha valorado su actuación, siempre y cuando no implique la pérdida de su «inocencia» (entiéndase, su virginidad) o el temible mestizaje con el indio, que impide el regreso a la sociedad «blanca». A partir de los años 80 del siglo XX, su protagonismo la lleva, más allá del coraje físico propio de las heroínas del siglo XIX, dispuestas a sacrificarse e incluso a pelear por salvar al ser querido y/o la honra, a enfrentarse con su propio deseo, con su propia sexualidad fuera de la sociedad blanca, y a tomar las riendas de su destino. Ema, la cautiva contada por César Aira, pasa de ser una cautiva entre todas a ser una de las esposas de un rey indio, recobrar su libertad y crear una ambiciosa empresa de cría de faisanes, con la ayuda económica del comandante del fortín y de un grupo de indios amigos, siendo absoluta su libertad

sexual. La «China» de la novela de Cabezón Cámara no solo descubre el amor homosexual con su compañera de aventuras, la inglesa Elizabeth, sino también la bisexualidad sin contemplaciones dentro de las toderías.

23 Otro elemento característico de un siglo a otro es la descripción de las escenas de violencia, mayoritariamente atribuidas a los «salvajes» en el siglo XIX y, a la inversa, a los «blancos» hispano-criollos en las novelas contemporáneas. La dicotomía «civilizado/salvaje» necesaria al relato de nación impedía una descripción de las barbaridades producidas por los soldados o los gauchos. Su deshumanización solo aparece precisamente en las ficciones, en las novelas de César Aira, *Ema la cautiva*, en *Los gauchos* de Martín Kohan y en *El país del diablo* (2015), de Perla Suez.

24 En la novela de Cabezón Cámara, burla permanente en diálogo con el *Martín Fierro*, se describe con lujo de detalles las brutalidades de los gauchos, su castigo no menos cruel por una mujer ultrajada, mientras se desmiente el mito de los maltratos a las cautivas por parte de los indios, en esa conversación con la inglesa, quien ha leído el poema: «No te asustes, tampoco son tan malos. Don't you lie to me, I have been Reading your book. Usted mismo contó lo que le hicieron a esa pobre mujer que tenían cautiva»²¹. Después de citar completo el relato de la muerte del hijo de la cautiva que horrorizó a toda una sociedad, al igual que el poema de Echeverría, viene la reacción de Hernández:

Gringa, darling, ¿vos te creés todo lo que leés? Lo inventé todo eso, bueno, casi todo, cautivas tienen y no las tratan como a princesas, tampoco mucho peor que nosotros a las chinas [...] nunca supe que les degollaran a los hijos como corderos y algunas se ve que la pasan bien²².

25 El diálogo también se produce con el cuento nacido del relato de la abuela de Borges, «El cautivo»: «Mi madre me contó de una, una inglesa como vos, que se había enamorado de su indio y no se quería volver a la civilización, mi mamá le ofreció la casa y rescatarle a los hijos [...] le dijo que no la inglesa»²³. Y es que desde su aparición, el personaje del autor del *Martín Fierro* se presenta ante la inglesa como un ladrón de versos, un aprovechador del talento de un verdadero gaucho, marido de la China en la ficción, otorgándole cierta razón a los críticos que observaron el prolongado contacto de José Hernández con el gaucho, hasta el punto de confundirlo con su personaje:

[...] algo de razón tiene: yo no le robé, pero cuando lo escuché cantar lo hice dejar el arado para que me entretuviera a la peonada mientras trabajaba. [...] Así que le di trabajo de artista al gaucho writer y yo a veces lo escuchaba, y hay que ver los versitos que se armaba el bruto [...] Algunos de sus versos puse en mi primer libro; no andaba del todo equivocado. También le puse su nombre en el título [...] No entendió nunca lo que yo hice, tomar algo de sus cantos y ponerlos en mi libro, llevar su voz, la voz de los que no tienen voz, inglesa, a todo el país, a la ciudad que siempre nos está robando [...]»²⁴.

De esa manera, resultan en un mismo nivel ficcional el autor y su creación, dentro de la ficción de Cabezón Cámara, y destrozando otro mito, después de rehabilitar al gaucho Martín Fierro como autor, revela su homosexualidad, para sorpresa de su esposa, la China:

[...] la verdad de El Gallo es que era bien Gallina y así le empezaron a decir acá. No por cobarde [...] sino por, cómo decírtelo, bufarrón sería la palabra en español, pa los dos [...] a esos putos no hay estaca que los enderece. [...]

[habla la China]: No podía saber si era cierto, yo lo había tenido a Fierro encima mío lo suficiente como para saber que tan putito no era²⁵.

La frontera como amenaza, construcción y espacio de intercambios

- 26 Problemática desde la época del virreinato, la presencia de «vagos» se hizo más preocupante en la segunda parte del siglo XIX, a partir del momento en que se conquistaba cada vez más territorio para hacer de la nación una entidad agropecuaria capaz de integrarse al comercio mundial. Se multiplicaron entonces los decretos, por ejemplo el de 1858 que condenaba al servicio de fronteras «a todos los vagos y malentrenidos, los que en día de labor se encuentren habitualmente en casas de juego o tabernas, los que usen cuchillos o armas blancas, los que cometan hurtos simples y los que infieran heridas leves»²⁶. Sin la «libreta de conchabo» que comprobaba la pertenencia de los peones o gauchos a una estancia fija, aquellos también corrían el riesgo de caer bajo el peso de esa ley.
- 27 A partir de ahí se comprende el tipo de población presente en los pueblos de frontera, y las condiciones de viaje de los presos quedan especificadas en varios relatos. Entre esos «vagos» y los soldados que los acompañaban, las mujeres llegaban a ser esclavas de los esclavos, podían pasar de las manos de los oficiales a los soldados, y luego, a favor de un malón o de alguna transacción, a manos de los indios. La invisibilización de las cautivas pobres, como apunta Susana Rotker²⁷, en número muy superior al de las cautivas de clase alta, tiene que ver con esa reificación.
- 28 Lo que hacen la mayoría de las novelas de las últimas décadas es ponerlas en ese primer plano, mientras a los gauchos, a la inversa de toda la literatura «gauchesca», los dejan bastante mal parados²⁸.
- 29 Esa reificación resulta muy clara en la narrativa de César Aira. En una conversación entre el coronel Lavalle y Duval, un ingeniero francés destinado al servicio de un estanciero:
- Los indios [...] aprecian a las mujeres blancas como elemento de intercambio, de modo que no bien llegan a la frontera, empiezan a «circular» en toda clase de tratos.
- ¿Quiere decir –exclamó el francés– que se las venderán a los salvajes?
- No hay motivo para escandalizarse. Algunas son tomadas como cautivas, o bien un soldado puede cambiar su esposa por caballos, o incluso el comandante puede obsequiar un contingente de bellezas a un cacique en prenda de buena voluntad²⁹.
- 30 En la ficción de Aira, la reacción indignada del ingeniero y su interés por una mujer en particular, por su extrema vulnerabilidad, desencadena un juego sádico del militar deseoso de mostrar su omnipotencia. Interesa particularmente esa visión del novelista, por el contraste, por un lado, con las crónicas de las expediciones, en las que los «salvajes» parecen ser los únicos en portarse como tales, y por otro lado con las descripciones de la vida de las cautivas entre los indios. Ema, la cautiva de esa obra, después de dos años pasados entre los indios, vuelve a la frontera, al lugar de donde la raptaron. El narrador sintetiza en un párrafo la vida y la evolución de la población fronteriza:
- Pringles no había cambiado gran cosa. Otros cargamentos de convictos que renovaban la población desvanecida por malones y fugas, y oficiales aún impregnados del cuadrivio de las academias que venían a tomar el puesto de otros ascendidos o desaparecidos, no habían transformado sustancialmente la fisonomía de la aldea ni la rutina del fuerte. Espina, con su autocracia y sus maniobras, era el mismo de siempre, igual que los ranchos, destruidos y vueltos a levantar mil veces.

Las tropillas de ponies blancos pastaban en las colinas, los niños abundaban como antes, los hombres perseveraban en la distracción y la nada³⁰.

- 31 De la frontera a los territorios todavía controlados por los nativos solo había un paso, de ahí la activa presencia de desertores en las tolderías, quienes participaban a veces de los malones, como queda registrado en varios testimonios. También desde la época virreinal la convivencia entre los blancos y los nativos se había desarrollado a través de pactos de amistad, permitiendo los indios la construcción de esos fuertes a cambio de ventajas comerciales y protección contra sus enemigos, mientras la *reducción* a la religión católica formaba parte, en teoría, de esos acuerdos. Entre las condiciones estaba el control del ingreso a territorio indígena de españoles sin licencia oficial para el comercio legal, lo que perduró hasta finales del siglo XIX. El siglo XVIII había visto una intensificación de las relaciones fronterizas entre los habitantes de la Araucanía, la Pampa y la Patagonia y los hispano-criollos. El *conchavo*, o trueque de bienes, funcionó al lado del flujo comercial legal. Precisa Solís la importancia en la degradación de esos habitantes y las continuas guerras internas por ese tráfico ilegal:

[...] dos productos prohibidos encontraban también su camino hacia los rehues: el alcohol y los instrumentos y armas de fierro. El afán de lucro y el deseo de obtener acceso directo a los productos de los naturales empujaban a los conchavadores hispano-criollos a correr riesgos y quebrar la legalidad. Con todo, los más eficientes en explotar el tráfico clandestino eran los comandantes de los fuertes fronterizos, quienes aprovechaban sus posiciones de mando para manipular en beneficio propio el comercio prohibido³¹.

La zanja Alsina entre realidad y ficción

- 32 En 1875, el ministro de guerra Adolfo Alsina, quiso materializar la frontera a través de un foso inmenso que impidiera el paso de indios y animales. La obra fue dirigida por el ingeniero francés Alfred Ebelot y ejecutada por más de mil obreros. De los mil kilómetros previstos sólo se llegó a construir unos 374 kilómetros entre Carhué y la laguna del Monte. Poco tiene que ver esa descripción con un dibujo de Francisco Fortuny (1877), en el que aparece un pequeño surco, ausente la desproporción entre humano y zanja.
- 33 El capítulo titulado *Zanja de Alsina, 1876* de la novela *El país del diablo* describe primero cómo fueron contratados (una cruz en un papel) y luego las condiciones en las que excavan los «indios del Puán» para separar el mundo de la «civilización» del mundo de la barbarie, y las consecuencias de tal faraónica obra:

Se pusieron las ropas de lana azul, las botas de cuero de potro y el quepis. [...] Las tardes frías el viento es tan violento que asfixia a los débiles y los excavadores buscan entrar en calor amontonándose. [...] De noche, todavía escuchan que están escarbando y sueñan que ese pozo húmedo y ominoso cercano al corazón de la tierra se transforma en una suerte de serpiente que asciende desde la oscuridad mientras ellos duermen. Devora a los hombres, vomita un fuego que no se apaga y pone huevos en sangre. [...] Algunos no se levantan, se quedan tiesos, sedientos, se abandonan y mueren horando el socavón. Envenenados por la disentería o el tifus, caen, comen polvo y se los sepulta en seguida. Pico y pala aquella mañana de lluvia. [...] El agua agrieta las paredes, se desgajan y el barro cae en cascadas desde unos seis o siete metros de altura.

El paredón va a venirse abajo, vociferan arriba.

Ancatril resiste. La masa de agua golpea su espalda y él permanece encorvado. Toneladas de tierra se derrumban con un rugido y en seguida es de noche³².

- 34 En el capítulo siguiente se cuenta cómo Alcantril, fue salvado y luego reclutado por el grupo de «soldados de la frontera» por su valentía (por haber soportado ese episodio), su conocimiento del castellano, y su agradecimiento por «no haberlo dejado sepultado en la zanja».
- 35 El fenómeno de las cautivas -aunque también hubo varones³³ y niños, lo que más interesó fue las mujeres cautivas- tal como se cuenta y se ficcionaliza a partir del siglo XIX en rigor empezó desde los principios de la conquista europea, y las primeras cautivas fueron las mujeres nativas, secuestradas por los conquistadores para diversos usos³⁴. Recordemos que una de las formas más reiteradas de la resistencia indígena a la conquista consistió en despoblar de mujeres sus asentamientos y esconderlas. Pero las cautivas nativas no son consideradas socialmente como tal, no forman parte del imaginario nacional, solo aparecieron en la poesía hispano-criolla, como heroínas desdichadas³⁵ y no en las novelas decimonónicas. A la inversa de las cautivas blancas, tampoco aparecen en la iconografía, y solo en 1906 apareció la primera (y única hasta la fecha) escultura dedicada a su memoria, por Lucio Correa Morales.
- 36 Llama la atención el contraste entre el poco interés marcado por las autoridades, a lo largo de los cinco siglos de cautiverio, por los testimonios de sus víctimas y la fascinación, plasmada en la literatura a partir del siglo XIX, por esas cautivas blancas ya convertidas en seres ficcionales. Como señala Fernando Operé, «los dos relatos más completos publicados de cautivos en la Pampa y la Patagonia en el siglo XIX [son] de un francés y un norteamericano [...] publicados en París y Boston respectivamente»³⁶. A pesar del miedo que pasaron ambos, el primero durante tres años, el segundo tres meses, tuvieron tiempo de observar a sus captores, y sus testimonios no solo recogen las leyendas sobre los gigantes patagones para Bourne, sino que permiten un conocimiento humanizado de los nativos contrarios a los proyectos de homogeneización de la nación. El interés por ese tipo de relato se concreta en las traducciones al castellano a fines del siglo XX y principios del XXI, sin que sea casualidad que el traductor de la primera, en 1998, sea el escritor César Aira³⁷, autor de *Ema la cautiva*. El único relato de un cautivo criollo publicado en el siglo XIX es el de Santiago Avendaño (1834-1874). Apareció en tres textos en la *Revista de Buenos Aires* en 1867 y 1868. Su discurso desmentía unos cuantos prejuicios, el texto completo solo se editó en 1999. Cautivo desde muy chico entre los ranqueles, convivió durante años hasta que se escapó, convirtiéndose en lenguaraz para el gobierno argentino en sus negociaciones de paz con los caciques.

De las descripciones a las narraciones, idas y vueltas entre textos e imágenes

- 37 Entre las abundantes descripciones de los lugares fronterizos, desde los diarios de los militares hasta los viajeros fascinados, el pintor alemán Johann Moritz Rugendas (1802-1858), nos proporciona un recorrido ejemplar entre correo, relato y representación pictórica. En 1845, Mariquita Sánchez le dirige una obra a su joven amigo Esteban Echeverría animándole a seguir escribiendo y felicitándole por el nombre escogido para la heroína de su poema «La cautiva»: «¡Qué bien hizo usted en ponerle María a la gaucha de su romance! Este es nombre perseguido por la desgracia, nombre fatal. Para una heroína desgraciada, es el más a propósito»³⁸. Pero antes aclara

que el pintor viajero se ha inspirado en su obra: «me ha contado que ha hecho dos cuadros, tomando sus Rimas de usted por asunto. Considera perfecta la pintura que usted hace de las pampas. Cree él que usted concibió primero el paisaje y después tomó sus figuras como accesorio para completar aquél...» Esa relación entre el paisaje y los personajes resulta especialmente interesante en esa época de construcción de una nación que considera las dos terceras partes de su territorio como un «desierto» que hay que poblar. A pesar de los consejos de Humboldt, únicamente interesado por la riqueza de la flora tropical y que le tenía mucha estima, Rugendas quería recorrer Argentina, y desde Mendoza, obsesionado por pintar un terremoto o un malón, quiso acompañar a un grupo de militares en sus expediciones punitivas para acercarse lo más posible a los indios. En su defecto, quedó fascinado con la gran carreta de las travesías interpampeanas. Tema que ocupara antes al pintor Emeric Essex Vidal, llegado al país en 1816, uno de los primeros en retratar el paisaje, centrándose sobre los habitantes, sus actividades y sus formas de desplazarse. En su obra y en las de sus seguidores, la carreta también ocupa un lugar central, y pinta las dificultades de estos desplazamientos y cruces de fronteras. Muchos años después varios otros pintores trataron el tema, en el mismo sentido como hemos visto: Benjamín Franklin Rawson, Juan Manuel Blanes y Ángel Della Valle.

- 38 A su vez César Aira recrea las aventuras del pintor Rugendas en un relato basado en sus cartas y obras pictóricas, imaginando primero su mirada sobre las cosas, su deseo de comprender y aprehender la realidad que atraviesa, la necesidad de una pintura en acción, de hacer sentir la historia antes del resultado visual y su situación después de sufrir el impacto de un rayo y sobrevivir de milagro. Menciona que fueron más de 3000 obras entre óleos, acuarelas y dibujos³⁹ y ofrece una minuciosa relación de la carreta:

Era éste un artefacto de tamaño monstruoso, como hecho adrede para que se creyera que ninguna fuerza natural podría moverla. [...] En su desmesura veía al fin la corporización de la magia de las grandes llanuras. [...] Era fácil y a la vez difícil dibujarlas. Su velocidad de oruga, sólo medible en unidades diurnas, o hebdomadarias, lo lanzaba a una microscopía de figuras [...]. Como tenían sólo dos ruedas (era su peculiaridad) mientras estaban sin carga se inclinaban hacia atrás [...] su largo puede calcularse por el hecho de que servían para enganchar hasta diez yuntas de bueyes. Sus sólidos tablonos estaban reforzados para recibir cargas inmensas; casas enteras, con sus muebles y habitantes, no serían excesivas. [...] Había que dibujar a un hombrecito a su lado para dar una idea cabal del tamaño. [...] La línea recta Mendoza-Buenos Aires, recorrida a razón de unos doscientos metros por día, sugería lapsos de vidas enteras⁴⁰.

- 39 En rigor, esa descripción de la carreta como lugar de vida y no solo de desplazamiento ya se encontraba en las primeras páginas de la ficción *Ema la cautiva* del propio César Aira:

Cuatro yuntas tiraban de cada carreta, grandes como inmuebles. Tan lenta era la marcha y tanta la cantidad de fuerza empleada para moverlas, que se deslizaban con facilidad imperturbable. [...] Las primeras carretas tenían toldos e iban llenas de cajas, todas las demás eran abiertas y una multitud heterogénea apiñada en ellas [...] ⁴¹.

- 40 Y en otro movimiento intertextual, en la ficción de Gabriela Cabezón Cámara, *Las aventuras de la China Iron*, la misma carreta mítica solo lleva un personaje, la inglesa Elizabeth, y cantidad de objetos, hasta que se juntan la «China»⁴² y luego un gaucho medio indio y van emprendiendo también un viaje hacia la «tierra adentro». La carreta en sí funciona como una frontera para cruzar otra frontera, en la que puede pasar de

todo, desde el principio de una novela a su vez reescritura del génesis del *Martín Fierro* de José Hernández:

Elizabeth [...] tenía dos misiones por delante: rescatar al Gringo y hacerse cargo de la estancia que debía administrar. [...] Ella tenía las riendas en la mano, se iba sin saber bien para dónde en ese carro que tenía adentro cama y sábanas y tazas y tetera y cubiertos y enaguas y tantas cosas que yo no conocía⁴³.

- 41 Ese contenido de la carreta, desconocido por la China, representa la «civilización», de la misma manera que la estancia del personaje José Hernández, usurpador de los cantos del verdadero Martín Fierro, desgraciado marido de la China.
- 42 Al final de la novela, se abandona la carreta ya inútil, las mujeres se asimilan a la organización indígena de la vida cotidiana en los wampos para viajar por los ríos, respetándolos de la misma manera que se respeta la tierra:

Hay que vernos, hay que ver nuestro barquito a vapor, nuestros wampos de vacas, nuestros wampos de rukas, nuestros wampos de caballos, nuestros wampos almácigos, todos ladeados de canoas y kayaks, nuestra nación migrando lentamente por el Paraná y sus ysyry: un pueblo entero avanzando en silencio sobre los ríos limpios. [...] Hay que vernos, sí, a los ñichiñ, a los Ñande migrando silenciosamente, remando con amor porque sólo con amor metemos nuestros remos en el cuerpo del Paraná para empujarnos, hay que vernos con nuestras rukas emplumadas agitándose al viento, callados y calmos, con nuestra piel pintada de los animales que también somos⁴⁴.

Las lenguas de la asimilación

- 43 En la Argentina, una vez concluida la última «campana al desierto» (1879), se hizo necesario un instrumento lingüístico para integrar y asimilar a los centenares de mujeres y niños cautivos, reanudando así con una tradición heredada de la conquista. De ello se encargó el teniente coronel Federico Barbará con su diccionario de la lengua pampa en 1879⁴⁵. El autor expone las fuentes ajenas, entre otras «el joven indígena Felipe Mariano Rosas», y aclara sobre su propia experiencia y antecedentes:

Con estos materiales –y el conocimiento aunque imperfecto que de la lengua pampa hemos adquirido en nuestras escursiones á las tolderías, pudimos componer los «Usos y Costumbres de los Indios» que publicamos en esta Capital en 1756, y cuyo éxito sobrepujó á nuestras esperanzas. La edición de *un mil* ejemplares fue agotada a los dos meses de salir al público⁴⁶.

- 44 Legitimizada su obra, describe las diferentes características de la lengua «pampa», heredera de la lengua mapuche y precisa su quizás inesperada complejidad:

La lengua que hablan nuestros indios pampas es mucho mas copiosa, enérgica y elegante de lo que puede pensarse y esperar tratándose de una gente que ha permanecido y permanece sin gozar de los beneficios de la civilizacion; que no sabe leer ni escribir y que solo cuentan el tiempo por las lunas á que llaman *ciyenes*. De una nación en cuyos dilatados campos no hay señal alguna ó manifestacion del pensamiento humano; que solo conocen su historia por la tradición verbal de sus ancianos⁴⁷.

- 45 Resulta curiosa la coexistencia de una lengua así descrita con la «falta de pensamiento humano», como si el autor quisiera excusarse ante sus lectores de una complejidad que no cuaja con la imagen del «salvaje» que hay que reducir, tal como lo recuerda para concluir la presentación de los pueblos desde el paternalismo colonial cristiano: «Los padres misioneros acabarán de reducirlos convirtiéndolos al seno de la Iglesia, y

preparándolos á la vida social»⁴⁸. Sin pensamiento ni vida social, la deshumanización contrasta con el interés por permitir la comunicación entre «blancos» e «indios» y solo se entiende por el objetivo asimilacionista. Para concretar esta tarea, antes del vocabulario propiamente dicho, las siguientes páginas se ocupan de traducir los rezos católicos, sin posibilidad de encontrar equivalencias para el Espíritu santo o la Virgen María, palabras conservadas en español. A la inversa, encontramos en las memorias de Santiago Avendaño, muy poco publicado como vimos, sus detalladas observaciones del *nguillatún*, una reunión anual de una o varias tribus y la impresión que le causó su religiosidad, habla de las machí, curanderas y brujas y transmite algunas oraciones en su idioma.

46 Comparando dos tipos de escritura de la época propios de la situación en la lucha contra el indio, David Viñas llega a la conclusión que «Frente a la «glotofobia» de un hombre como Zeballos, [Barbará] sugiere otra alternativa que, en la práctica cotidiana, presupone una *glotofagia*: a partir de su lengua, los indios debían ser completamente asimilados»⁴⁹.

47 Más de un siglo más tarde, en esa literatura de recuperación antes que de reducción, se produce un fenómeno inverso de asimilación de las protagonistas de la novela *Las aventuras de la China Iron*. Marcando la llegada del grupo a su objetivo «tierra adentro», la lengua guaraní se impone con cada vez más frecuencia en la narración, sin que medien ni notas ni glosario final, para nombrar las realidades de la flora y la fauna, de la gente y su entorno:

Cultivamos andai y merõ, sandías y yvy'a y otras plantas que no usamos para acompañar nuestros platos de guasatí las pocas veces que los cazamos, ni de res ni de pirá, sino para pensar. O para tener fuerza. O para reírnos. Las cultivamos en wampos que llenamos de tierra y atamos también a los troncos⁵⁰.

48 Hasta el punto que el metadiscursivo lingüístico justifica ese uso, integrando los matices de los colores junto con las palabras para definirlos:

Nos despertamos rodeados de aguapé, unos repollos verdes llenos de flores muy violetas que se recortan con fuerza en ese verde que talvez solo el trigo [...] un verde hermoso, vivo, de mil matices, tantos que no alcanza una palabra para contenerlos y empezamos a inventar otras para nombrarlos. Usamos las palabras guaraníes, aki para el color tierno de los brotes, hovy para el casi azul de todo el follaje cuando se acerca la noche, hovyú para la intensidad de casi todo en verano⁵¹.

49 En estos diálogos intertextuales, interesa recordar la coincidencia temporal entre el discurso del teniente coronel Barbará con el de José Hernández en su *Martín Fierro* y de Lucio Mansilla en *Una excursión a los indios ranqueles* (1870).

50 Frente al lema de Sarmiento para imponer la civilización al «desierto», «No sean bárbaros, alambren», utilizado como exergo en la novela *El país del diablo*, los personajes cuestionan una y otra vez esa orden.

51 Sería injusto considerar todos esos ejemplos como la única forma de recordar la suerte de las cautivas. Todavía en 1988, una novela retoma los acentos dramáticos del siglo XIX para contar, en una acumulación de los tópicos de salvajismo y codicia del indio, su caricatural bestialización, el encuentro final entre la comitiva de salvación, llevada por el cura Burela, y la mujer raptada, convertida en «bulto», en despojo humano, mientras el esposo, no solo se desvanece sino que muere ante tal visión. Interesa comparar este final con un documento acuñado un siglo antes por el historiador chileno, Benjamín Vicuña, al imaginar la posibilidad del retorno de la cautiva:

<p>Benjamín VICUÑA MACKENNA (1884)</p> <p>Mas y aun pudiéndolo [su rescate] nosotros ya no lo deseáramos.— ¿Qué haria con su vida aquella infeliz señora ? (...) Su prole habria de ser toda bárbara (...) Su belleza juvenil trocada en escarnio de senectud (...) Cambiando su dulce hablar en voces guturales ; turbio el azul de sus ojos por los hielos o el fuego de la intemperie, convertidas en blanquecinas mechas su rubia y esplendente cabellera, encorbada, irritable, olvidada de la plegaria, convertida en idólatra y talvez, por el odio y la venganza en harpía, un cruel cautiverio de treinta y cinco años, edad que para una mujer bella es más de un siglo, su devolución a la vida de los cristianos sería para ella más que una dicha un sarcasmo (...)»⁵².</p>	<p>Juan DRAGHI LUCERO, <i>La cautiva de los pampas</i></p> <p>De pronto salió del mismo un indio desharrapado. Vino con furia codiciosa, ruin se abalanzó sobre el ajuar y las joyas. Todo lo abrazó con brazos famélicos y huyó con su tesoro. Gritaba: —¡Yo ser Piñuiñ, indio pobre! —Ah, hiena del desierto.</p> <p>Crecientes ansiedades doblegaban a los cuatro recién llegados.</p> <p>Por fin se levantó el cuero que hacía de puerta del miserable toldo. Apareció, retrocediendo, la sotana del padre Burela. Con renovados esfuerzos logró hacer salir a alguien que se resistía: un bulto humano. A muy lentos y resistidos pasos se acercaban. La Isidora y Peralta, ya esperanzados, ya en las congojas, devoraban con salidos ojos al bulto forzado a acercárseles.</p> <p>Ese bulto traído a la fuerza, apenas se cubría desde los hombros a los pies con jirones de telas deshilachadas. Su abultado vientre denunciaba preñez. Con sus brazos flacuchentos sostenía a una criatura prendida a una de sus colgantes tetas... Bulliciosos, atolondradamente, salieron del toldo varios indiecitos semidesnudos, de diferentes edades. Prendieron a las piernas de esa mujer desgrenaada: — ¡Mamita! —gritaban en afanes de protección....</p> <p>¿Quién era esa china desastrada, con un ojo aplastado por bestial garrotazo? La arrimaba, forcejeando, el padre Burela. ¿Qué?... ¿Esa era!?... El capitán Peralta cayó de rodillas. Isidora, erguida, justiciera, contraía el rostro con avanzante ira. El padre Burela dejó ahí, plantada delante de todos a esa mujer. ¡Se alejó llevándose las manos a la cabeza! Huía del horror.</p> <p>Peralta, con sobrehumano esfuerzo pudo erguirse. Abarcó, ¡con límpida razón! Desde la noche maldita hasta lo que veía con sangre en los ojos. Quiso levantar sus brazos al cielo, aullar su martirio... Y cayó al suelo, muerto, como caen los escombros.</p> <p>La fiel Isidora, abrazada a las piernas de esa mujer, lloraba a gritos: —¡Amita! ¡Amita! —clamaba ante la insensible, lejana, perdiendo su mirar en el cosmos.</p> <p>Frente al Sol, Padre de la Vida, esa ruina humana daba de mamar a su</p>
<p>HispanismeS, 17 2021</p>	

- 52 Otra relación intertextual de esta novela remite al cura Burela, un personaje real dado a conocer por el propio autor de *Una excursión a los indios ranqueles*, Lucio V. Mansilla, con quien mantuvo una relación conflictiva, según Meinrado Hux⁵⁴ posible motivo de su posterior condena y alejamiento de la carrera militar en vez de felicitaciones al regresar de su misión de paz. Conocido por su actuar en la liberación de cautivas, a cambio de dinero y de licores, parecía gozar de gran autoridad ante los caciques, como lo cuenta Mansilla con cierto rencor⁵⁵.

Conclusiones

- 53 Frente a la recuperación de la literatura gauchesca a principios del siglo XX para contribuir a la formación de un canon literario, dándole el estatus de una épica universal y a la vez constitutiva de una «identidad nacional», las reescrituras, inversiones, subversiones apenas esbozadas aquí cuestionan estos mitos y se inscriben en un movimiento contrario: los gauchos y los indios desmitificados y las mujeres en primer plano. De víctimas más o menos pasivas, etéreas, pero no sin una dimensión erótica visible en las representaciones iconográficas, pasan a ser mujeres combatientes que llevan su propio destino y asumen su propio deseo, como en contrapunto a las heroínas románticas decimonónicas que solo sufren por amor. Asumiendo los componentes históricos «reales», reavivan el escándalo de los viajes a la frontera de los letrados ciudadanos como el autor Mansilla o de personajes como Martín Fierro, llevando en esa deconstrucción de la frontera entre «civilización» y «barbarie» a conclusiones mucho más osadas todavía.

BIBLIOGRAFÍA

- César AIRA, *Ema, la cautiva*, Buenos Aires, Belgrano, 1981.
- César AIRA, *Un episodio en la vida del pintor viajero*, Buenos Aires, Lom Ediciones, 2002.
- Federico BARBARÁ, *Manual ó vocabulario de la lengua pampa y del estilo familiar para el uso de los jefes y oficiales del ejército, y de las familias á cuyo cargo están los indígenas*, Buenos Aires, C. Casavalle, 1879.
- Jorge Luis BORGES, «El cautivo», *El Hacedor*, Buenos Aires, Emecé, 1960, p. 166.
- Jorge Luis BORGES, «Historia del guerrero y la cautiva», *El Aleph*, Buenos Aires, Emecé, 1982 (1949), p. 49-54.
- Benjamin Franklin BOURNE, *Cautivo en la Patagonia un norteamericano en la tierra de los «gigantes»*, Buenos Aires, Continente, 2006 (1849).
- Leopoldo BRIZUELA, *El placer de la cautiva*, Buenos Aires, Temas, 2003.
- Gabriela CABEZÓN CÁMARA, *Las aventuras de la China Iron*, Buenos Aires, Literatura Random House, 2019 (2016).

- Juan DRAGHI LUCERO, *La cautiva de los pampas*, Mendoza, Colihue, 1988.
- Esteban ECHEVERRÍA, *La cautiva*, Salamanca, Ediciones Almar, 2000 (1837).
- Rosa GUERRA, *Lucía Miranda*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1956 (1860).
- José HERNÁNDEZ, *Martín Fierro: El Gaucho Martín Fierro y La vuelta de Martín Fierro*, Buenos Aires, Eduvim, 2009 (1872 y 1879).
- Martín KOHAN, *Los cautivos*, Buenos Aires, Debolsillo, 2010 (2000).
- Leyes y decretos promulgados en la provincia de Buenos Aires desde 1810 á 1876*, Impr. del «Mercurio», 1878, 1076 p.
- Pedro MAIRAL, *El año del desierto*, Madrid, Salto de página, 2010.
- Eduarda MANSILLA DE GARCÍA, *Lucía Miranda*, Iberoamericana, 2007 (1860).
- Eduarda MANSILLA DE GARCÍA, *Pablo, ou la Vie dans les Pampas, par Mme Eduarda M. de Garcia, avec une lettre de M. E. Laboulaye*, Paris, Lachaud, 1869.
- Lucio V. MANSILLA, *Una excursión a los indios ranqueles*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984 (1870).
- Fernando OPERÉ, *Historias de la frontera: el cautiverio en la América hispánica*, Buenos Aires, Corregidor, 2012.
- Silvia RATTO, *Estado, vecinos e indígenas en la conformación del espacio fronterizo: Buenos Aires, 1810-1852*, Universidad de Buenos Aires, 2004.
- Susana ROTKER, *Cautivas: olvidos y memoria en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel, 1999.
- Guillermo SACCOMANNO, *La lengua del malón*, Buenos Aires, Planeta, 2003.
- Juan José SAER, *El entenado*, Buenos Aires, Seix Barral, 2006.
- Leonardo León SOLÍS, *Maloqueros y conchavadores: en Araucanía y las Pampas, 1700-1800*, Temuco, Ediciones Universidad de la Frontera, 1990.
- Perla SUEZ, *El país del diablo*, Buenos Aires, Edhasa, 2015.
- Benjamín VICUÑA MACKENNA, «Elisa Bravo o sea el misterio de su vida, de su cautividad y de su muerte, con las consecuencias políticas y públicas que la última tuvo para Chile», *Revista de Artes y Letras*, tomo I, Santiago (julio 1884), p. 493-529.
- David VIÑAS, *Literatura argentina y política II*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2005 (1964).
- Estanislao S. ZEBALLOS, *La conquista de quince mil leguas: estudio sobre la traslacion de la frontera Sud de la república al Rio Negro, dedicado á los gefes y oficiales del ejército expedicionario*, Buenos Aires, La Prensa, 1878.

NOTAS

1. Guillermo SACCOMANNO, *La lengua del malón*, Buenos Aires, Planeta, 2003, p. 82.
2. Fernando OPERÉ, *Historias de la frontera: el cautiverio en la América hispánica*, Buenos Aires, Corregidor, 2012, p. 16.
3. Leonardo León SOLÍS, *Maloqueros y conchavadores: en Araucanía y las Pampas, 1700-1800*, Temuco, Ediciones Universidad de la Frontera, 1990, p. 113.
4. Silvia RATTO, *Estado, vecinos e indígenas en la conformación del espacio fronterizo: Buenos Aires, 1810-1852*, Universidad de Buenos Aires, 2004, p. 358: «El cacique Venancio, por ejemplo, recibía de

manera regular 1.000 pesos en billetes de 20 y de 10 pesos, entrega que debía realizar el comandante del fuerte de Bahía Blanca ‘a solas para que no lo sepan los demás indios’».

5. Destinado en 1868 a dirigir un fortín de la frontera en Río Cuarto, no se conforma con ese papel y se dedica a obrar por la paz con los indios ranqueles, describiendo su quehacer y sus reflexiones en su crónica.

6. Lucio V. MANSILLA, *Una excursión a los indios ranqueles*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984 (1870), p. 176.

7. *Id.*

8. Aunque se trate de una novela, la autora se implica en la narración a la hora de describir ese mundo: «Le Gaucho Malo est, selon moi, une des productions les plus significatives de cette nature grandiose et sauvage des pampas. Il est l'expression de ce combat incessant et progressif qui s'établit entre une société naissante, dispersée sur une grande étendue de terrain, et le désert avec ses terribles lois. C'est le choc, la lutte corps à corps entre l'homme et la terre; c'est l'infiniment petit en opposition avec l'infiniment grand; c'est la force contre la force». Eduarda MANSILLA DE GARCÍA, *Pablo, ou la Vie dans les Pampas, par Mme Eduarda M. de Garcia, avec une lettre de M. E. Laboulaye*, Paris, Lachaud, 1869, p. 161.

9. Perla SUEZ, *El país del diablo*, Buenos Aires, Edhasa, 2015, p. 118.

10. Esteban ECHEVERRÍA, *La cautiva*, Salamanca, Ediciones Almar, 2000 (1837), p. 6.

11. Susana ROTKER, *Cautivas: olvidos y memoria en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel, 1999, p. 49.

12. Perla SUEZ, *El país del diablo*, op. cit., p. 184.

13. Estanislao S. ZEBALLOS, *La conquista de quince mil leguas: estudio sobre la traslación de la frontera Sud de la república al Rio Negro, dedicado á los gefes y oficiales del ejército expedicionario*, Buenos Aires, La Prensa, 1878, p. 20.

14. Lucio MANSILLA, *Una excursión a los indios ranqueles*, op. cit., p. 12. La palabra «desierto» aparece ahí más de una decena de veces. En otros momentos habla de los movimientos en el desierto, con cantidades de indios que burlaban todos los obstáculos naturales del terreno.

15. *Ibid.*, p. 78.

16. Eduarda MANSILLA DE GARCÍA, *Pablo, ou la Vie dans les Pampas*, op. cit., p. 6-7.

17. Gabriela CABEZÓN CÁMARA, *Las aventuras de la China Iron*, Buenos Aires, Literatura Random House, 2019 (2016), p. 149.

18. Precisa David VIÑAS, *Literatura argentina y política II*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2005 (1964), p. 223: «Ya es un lugar común subrayar qué pasó, entre otras cosas, entre la *Ida* y la *Vuelta*: la liquidación de los indios que Hernández celebra sumándose al coro casi unánime de su grupo social. Uno. Y dos: el predominio decisivo de la política centralizadora del general Roca que Hernández se encarga de defender en 1880 enfrentándose –y no casualmente– con la voz heterodoxa de Alem».

19. Se nota primero la resemantización y feminización del término «malón», devenido en «malona», y la inversión de papeles: una mujer india, en primer plano como en *La vuelta del malón*, se lleva a un «blanco» raptado.

20. Guillermo SACCOMANNO, *La lengua del malón*, op. cit., p. 154.

21. Gabriela CABEZÓN CÁMARA, *Las aventuras de la China Iron*, op. cit., p. 132.

22. *Ibid.*, p. 134.

23. *Id.*

24. *Ibid.*, p. 118-119.

25. *Ibid.*, p. 120-121.

26. *Leyes...*, p. 355.

27. Susana ROTKER, *Cautivas: olvidos y memoria en la Argentina*, op. cit., p. 21: «por alguna razón, siempre han estado muy al fondo del escenario, nunca en el primer plano que los gauchos

llegaron a ocupar, nunca alimentando la imaginación nacional como una forma de identidad, ni como parte de una historia del origen».

28. El irreverente Martín Kohan destroza el mito del gaucho en su relato *Los gauchos*, personajes pasivos e idiotizados cerca de la finca del autor de *La cautiva*, Esteban Echeverría, siendo franqueada la frontera entre esos dos mundos solo por una mujer en intercambio erótico con el escritor.

29. César AIRA, *Ema, la cautiva*, Buenos Aires, Belgrano, 1981, p. 42.

30. *Ibid*, p. 154.

31. Leonardo León SOLÍS, *op. cit.* p. 116.

32. Perla SUEZ, *El país del diablo*, *op. cit.*, p. 49-50.

33. Siendo el más famoso Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán (1608-1680), quien sí dejó un relato escrito dedicado al cacique que fue su dueño: «Romance en agradecimiento a Maulicán».

34. Un testimonio de esa realidad se encuentra en la carta de Martín González, clérigo, al Emperador don Carlos: Asunción, 25 de junio de 1556: «Querer contar y enumerar las indias que cada uno tiene es imposible, pero parésceme que hay cristianos que tienen a ochenta y a cien indias, entre las cuales no puede ser sin que haya madres e hijas, hermanas e primas; lo cual al parecer, es visto que ha ser de gran conciencia.» También en el famoso «Testamento de Irala», en el que el adelantado cita los nombres de esas mujeres.

35. Por ejemplo en Glaura, la «Doncella de Arauco», en *La Araucana* de Alonso de Ercilla, y el de Liropeya en el poema *La Argentina*, de Martín del Barco Centenera.

36. Fernando OPERÉ, *Historias de la frontera: el cautiverio en la América hispánica*, *op. cit.*, p. 171. Se refiere a Auguste GUINNARD, *Trois ans chez les Patagons, 1856-1859*, Paris, 1861, publicado en castellano solamente en 1941, y a Benjamin Franklin BOURNE, *The Captive in Patagonia; Or, Life Among the Giants. A Personal Narrative ... With Illustrations*, London, Henry Vizetelly, 1853, y otra edición en Boston al año siguiente. Dicho vacío contrasta con la gran popularidad de la literatura de cautivos en Inglaterra y en los Estados Unidos.

37. Benjamin Franklin BOURNE, *Cautivo en la Patagonia un norteamericano en la tierra de los «gigantes»*, Buenos Aires, Continente, 2006 [1849].

38. Carta de Mariquita Sánchez a Esteban Echeverría, Buenos Aires, 17 abril de 1845.

39. César AIRA, *Un episodio en la vida del pintor viajero*, Buenos Aires, Lom Ediciones, 2002. Los dibujos, algunos recogidos en Johann Moritz RUGENDAS, *Voyage pittoresque dans le Brésil*, Paris, Engelmann & Cie., 1835, tuvieron un gran éxito en Europa.

40. César AIRA, *op. cit.*, 2002, p. 27.

41. César AIRA, *Ema, la cautiva*, Buenos Aires, Belgrano, 1981, p. 8.

42. Al querer darle otro nombre, Elizabeth invierte la suerte de la mujer india carente de nombre propio en la sociedad «blanca» del siglo XIX, en particular cuando es convertida en cautiva de verdad, entregada a familias ricas de las ciudades como servidumbre a raíz de las campañas «civilizadoras».

43. Gabriela CABEZÓN CÁMARA, *Las aventuras de la China Iron*, *op. cit.*, p. 16.

44. *Ibid*, p. 184.

45. Federico BARBARÁ, *Manual ó vocabulario de la lengua pampa y del estilo familiar para el uso de los jefes y oficiales del ejército, y de las familias á cuyo cargo están los indígenas*, Buenos Aires, C. Casavalle, 1879.

46. *Ibid*, p. 5.

47. *Id.*

48. *Ibid*, p. 10.

49. David VIÑAS, *Literatura argentina y política*, *op. cit.*, p. 188.

50. Gabriela CABEZÓN CÁMARA, *Las aventuras de la China Iron*, *op. cit.*, p. 173.

51. *Id.*

52. Benjamín VICUÑA MACKENNA, «Elisa Bravo o sea el misterio de su vida, de su cautividad y de su muerte, con las consecuencias políticas y públicas que la última tuvo para Chile», *Revista de Artes y Letras*, t. I, Santiago (julio 1884), p. 493-529, p. 525.

53. Juan DRAGHI LUCERO, *La cautiva de los pampas*, Mendoza, Colihue, 1988, p. 196-197.

54. Meinrado HUX, *Caciques pampa-ranqueles*, 1. ed, Buenos Aires, Ediciones Marymar, 1991, p. 197.

55. «- Dice el general Mariano que eche pie tierra para saludar al padre Burela. Me pareció haber entendido mal. ¿Para saludar a quién? - le pregunté a Camargo con extrañeza. ¡Al padre Burela!- me contestó. ¿Al padre Burela?- exclamé mirando a los franciscanos y a mis oficiales. - Es pretensión - agregué. Dile - proseguí, dirigiéndome a Camargo - que le conteste a Mariano que yo no tengo que saludar al padre Burela; que soy aquí el representante del presidente de la República; que en todo caso es el padre Burela quien debe saludarme a mí. El mensajero se marchó y yo me quedé refunfuñando. Estaba indignado.» *Una excursión...*, *op. cit.*, p. 89-91.

RESÚMENES

Deux sujets intimement liés occupent un lieu privilégié dans la littérature argentine « fondatrice » du siècle des émancipations : la frontière entre l'état en construction et les Indiens comme obstacles dans cette entreprise, et les captives, produit de ce combat achevé par les dernières « campagnes du désert » de la fin du XIX^e siècle. Cet article présente une relecture de quelques classiques de la littérature argentine de la frontière au regard de romans et de nouvelles de la fin du XIX^e et du début du XXI^e siècle. Les écrivaines et écrivains de cette dernière période connaissent et jouent avec cet héritage, n'hésitent pas à nommer des acteurs historiques par leur nom et vont jusqu'à inclure des auteurs canoniques en tant que personnages de leurs narrations.

Within the «Argentinian foundational literature» (produced during the century of emancipations), two closely related issues stand out: the concept of border –between the Nation still under construction and the Indigenous people as a nuisance to that purpose– and the captives, product of this conflict finished with the last «desert campaigns» of the late nineteenth century. The aim of this paper is to present an alternative reeding of some classic books of «Argentine border literature» in correlation with novels and short stories from the late twentieth and early twenty-first centuries. The authors of this last period know and work with that inheritance. They do not hesitate to name the historical figures with their real names and they even include canonical authors as characters in their narrative.

ÍNDICE

Keywords: borders, Buenos Aires, desert, captives, literary representations

Mots-clés: frontière, Buenos Aires, désert, captives, représentations littéraires

AUTOR

BRIGITTE NATANSON

Université d'Orléans